

Costa y Graus, aspectos inéditos de su vida, enfermedad y muerte

POR
VENANCIO DÍAZ CASTÁN

(Reproducción parcial de la conferencia pronunciada en Graus el 8-2-1988)

Agradezco sinceramente el honor que me hace este Exmo. Ayuntamiento al haberme solicitado con ocasión del 77 aniversario de la muerte de Joaquín Costa que haga esta pequeña exposición sobre algunos aspectos biográficos íntimamente relacionados con nuestro pueblo.

Tiene de peculiar el estudio de su personalidad, el que a medida que se la va conociendo en su complejidad, produce entusiasmo, «engancha» —para decirlo en terminología actual—, y tiene uno la continua impresión de que queda aún mucho por descubrir en la maraña de su vida y obra. Introducirse en el estudio de Costa, significa quedar de inmediato impresionado por su postura ante la vida, por su obra y por su desconcertante conducta en su vida íntima, en la que destaca una constante ambivalencia entre la bondad, generosidad y alto sentido de la justicia, y su conocido despego y despotismo para con aquéllos que más le quieren.

Vamos a centrarnos fundamentalmente en esos aspectos cotidianos que hacen que, a pesar de la distancia en el tiempo, queda humanizada su figura y lo sintamos como el vecino nuestro que fue: Costa, el grausino. En Costa, si cabe, esta relación es aún más estrecha y dependiente, pues observamos a lo largo de su vida que, una vez abandonado Graus está continuamente volviendo por alguna u otra razón, lo necesita. Sus idas y venidas son constantes, a pesar de la incomodidad de los viajes en diligencia, por caminos que hoy consideraríamos intransitables, y a pesar de su dolorosa enfermedad. Y es que en Graus toma fuerzas para sus arremetidas contra la pobre imagen que ofrece la España del 98. Aquí es donde parece que entra más en contacto con las realidades sociales y donde se encuentra más a sí mismo.

Deseo que esta comunicación venga en algunos aspectos a cubrir lagunas existentes en lo ya publicado, y en otros, tal vez corrija algunos equívocos que, por imprecisiones de las lejanas fuentes de información, han quedado como hechos ciertos. El material en que me baso consiste fundamentalmente en las memorias de Vicente Castán Gil, mi bisabuelo, quien al igual que su padre, Ildefonso, era entonces farmacéutico de Graus. Compañero y amigo desde la infancia, aunque en distintos cursos, asistieron juntos a la escuela de Julián Díaz y Fernández. Siguieron juntos los años de estudios en Huesca y continuarían luego en Madrid durante los estudios de Fa-

cultad. Posteriormente en Graus, a pesar de tener distintas actividades e ideología, mantuvieron un trato muy estrecho. Costa era algunos años mayor que Castán y de ahí que le considerase como su «hermano menor». Además, tenían parentesco entre sí, pues la madre de Vicente, Salvadora Gil Baldellou, era prima hermana de la madre de Joaquín, y ambos eran a su vez sobrinos de Mn. José Salamero Martínez, clérigo que tanto tuvo que ver con el desarrollo intelectual de Costa como benefactor y protector.

Vicente dejó escritas unas extensas memorias después de la muerte de su primo, en las que facilita datos «por si alguien, algún día quiere darlos a conocer para que se sepa la verdad».

* * *

Comenzaremos con el relato de la muerte de Castán, aquel lejano 8 de febrero de 1911. Castán se remonta a dos años antes, en *La Glorieta*, lugar en el que Costa solía solazarse y bromear con sus chanzas baturras con todo aquél que pasaba bajo esos plátanos de los que nos sentimos tan orgullosos todos los de Graus (bien es verdad que entonces no estaban tan crecidos). Hacía algún tiempo que Vicente le había prestado los tomos de la *Historia Universal* de César Cantú, para auxiliarse de ellos en su obra que sería póstuma *Ultimo Día del Paganismo...*, y en su negativa afectuosa a devolvérseles, le decía:

—¿Te has molestado con lo dicho? Pues aunque te enfades, no te devolveré el Cantú. Ni aunque me cites al juzgado de Benabarre y allí me condenen. Ni aunque te alces ante la Audiencia y allí te confirmen la sentencia. Sólo cuando recurras al Supremo transigiré en entregártelo. Así pasarán dos años, en cuyo período me habrá prestado el servicio que necesito y será inútil retenértelo.

—Bien, ya veo cómo se administra en este país la justicia. —Respondió Vicente.

Y fue efectivamente profeta con el plazo, pues transcurrido ese tiempo terminaba su vida. El 8 de febrero, a las cuatro de la mañana, sonó con fuerza la aldaba en la puerta trasera de la farmacia, la que da a la Travesía del Esera: Costa se estaba muriendo. Vicente se levantó, preparó apresuradamente una fórmula (tal vez recetada por D. Joaquín Gómez) y recorrió en un santiamén los trescientos metros que le separaban de la casa del enfermo. Cuando llegó era tarde. La placidez de su semblante le produjo la impresión de que estaba dormido. Le dio el último adiós y bajó al principal, donde se encontraba su hermano Tomás con el párroco que poco antes le había administrado a Joaquín la Santa Unción. Tenía ya preparados Tomás siete telegramas en los que anunciaba a los cuatro vientos la fatal nueva.

Trataron del entierro y funerales. Tomás y el cura acordaron celebrarlos en Graus al día siguiente y avisando al clero necesario. Dijo entonces también Tomás que era preciso abrir el testamento, para lo cual invitó a los dos testigos para examinarlo detenidamente entre los tres. En esa misma

mañana un periodista vino a informarse para tener al corriente de todo a las distintas agencias. Al no poder hablar con Tomás, quiso consultar a Vicente, el cual se negó por estar profundamente impresionado. Cuando se retiró, Tomás y Vicente cambiaron el texto de los telegramas y este último los llevó a la oficina de telégrafos para cursarlos. Incidentalmente diré que esta oficina estaba entonces en la calle Barranco, al lado de la farmacia, y la regentaba Virginio Falche Aguilar, también bisabuelo mío.

Unas horas más tarde se presentó el Dr. Martínez Vargas, pariente y amigo de Costa. Al reunirse con Vicente le manifestó que deseaba conocer el estudio de Joaquín. Tras la autorización de la familia, subieron al tercer piso Vicente, Martínez Vargas, D. Joaquín Gómez (médico que le asistió hasta el final), el sobrino Arsenio Aguilar y su hermana Martina. Por deseo de Martínez Vargas se hizo una fotografía del estudio con el fondo pirenaico, y al dirigir Vicente una mirada sobre las estanterías vio con tristeza el Cantú tumbado y medio oculto, notando también signos de que alguien había estado antes revolviendo en la estancia.

Por la tarde de aquel mismo día volvió a la casa de Costa en donde se encontró con D. Marcelino Gambón y con Tomás. Dejaron a D. Marcelino en el principal para que recibiese a las visitas y subieron al segundo para leer el testamento. Entraron en el dormitorio de su hermana Martina, que estaba acostada, y se dispusieron a abrir un cofre de hierro que contenía cosas personales y las últimas voluntades. Estaba abierto (dijeron que se había estropeado la llave) y Tomás fue sacando su contenido. Aquí Vicente hace una prolija descripción de todo cuanto fue apareciendo.

Esa misma tarde Castán se retiró a su casa apesadumbrado y enfermo, con síntomas de un inminente síndrome gripal. Para entonces, Tomás había tomado ya la decisión de trasladar a Madrid el cadáver de su hermano. Nada se hizo según lo acordado el día anterior, pues en la mañana del día diez, los restos salían camino de Barbastro, y estaban ya lejos de Graus cuando Vicente se levantó de la cama. Recibió la visita de los periodistas Julio Romero de *El Imparcial*, Félix Latre de la agencia Tobra, y Tomás Romero de *El Liberal*.

Vemos, por tanto, que Tomás adopta inmediatamente decisiones en calidad de familiar más próximo, e ignorando la clara voluntad de su hermano, en el sentido de ser enterrado en Graus, acepta que sea embalsamado en la noche del ocho al nueve de febrero. Queda encargado de esta operación D. Joaquín Gómez, quien, al no ser el forense autorizado para la misma actuó, por delegación del Dr. Facerías, médico forense de Benabarre. Fue él quien redactó la fórmula de los ingredientes, que habría de prepararse por la noche en la farmacia de Castán y en la que emplearían cuatro horas de trabajo el propio Castán y el otro farmacéutico de la localidad D. Agustín Rosell. Llama la atención la ausencia del formol en la composición, hecho inexplicable que con seguridad justifica el fracaso de la conservación.

En esta noche del embalsamamiento aparece en escena también la figura del joven Dr. D. José Pérez Bufil, de gratísimo recuerdo por su competencia y entrega profesional entre todos los grausinos que le conocieron. Ha-

ciendo gala de su endiablado genio tuvo un altercado con su colega el Dr. Gómez por el procedimiento que éste empleó en la operación y también porque, de acuerdo con la ley, le correspondía a él la responsabilidad de llevarla a cabo (era ya entonces Médico Titular de Graus). Los acontecimientos le darían toda la razón.

En aquellos dos días Graus se convirtió en hormiguero de gentes de toda clase y procedencia, pero ninguna personalidad de la política del momento se molestó en venir a presentar sus respetos, a no ser la excepción de D. Basilio Paraíso, quien vino en representación de Canalejas, con la idea inicial de trasladar los restos al inacabado Panteón de Hombres Ilustres de Madrid, hecho éste frustrado, como ya es sabido, en Zaragoza. Sólo los de Graus, los que siempre le habían ayudado, salieron a la carretera a rendirle el último homenaje cuando salió la carreta en dirección a Barbastro. Cuenta Castán que al día siguiente reinaba en Graus el silencio y la tristeza: en Graus, a pesar de muchas cosas, le quería y le respetaba todo el pueblo.

Y cree el autor de las memorias, y creemos todos, que Costa debió haber sido enterrado en Graus. Los vecinos entonces no pudieron reivindicarlo, porque carecían de poder para ello, y los amigos que eran conscientes del absurdo que estaba llevando a cabo Tomás al ofrecer públicamente los restos de su hermano, estaban compungidos e indignados por ver cómo se contrariaban los deseos de éste.

* * *

Pasemos a comentar algunos aspectos de su vida donde los de Graus juegan un papel determinante. Es evidente que sin la presión ejercida por D. Julián Díaz sobre quienes podían ayudarle, al constatar su preclara inteligencia, la labranza hubiera sido el destino de Costa. Su frase «si con el burro vas, burro serás» valió más que todo un discurso cargado de elocuencia. Esta advertencia fue atendida por Ignacio Gil, dueño de la casa llamada de *Sallán*, hermano de la madre de Vicente Castán, Salvadora Gil, y ambos primos hermanos de la madre de Costa. Atendió también la advertencia Ildefonso Castán, padre de Vicente, y entre todos lograron que D. Hilarión Rubio, cuñado de los mencionados hermanos Gil, lo llevase a estudiar a Huesca. Rubio no era rico hacendado, sino un maestro de obras o aparejador, que dio trabajo al joven Costa en su despacho de delineante, para que se ganase la vida.

Sale, pues, Costa de Graus en 1863 con dieciocho años, se instala en Huesca, hospedado en la calle de D.^a Petronila, en casa de un hortelano, y comienza a compaginar sus estudios con el trabajo de compás y tiralíneas en el despacho del Sr. Rubio. Por las noches acude a la academia de dibujo del prestigioso pintor D. León Abadías. Prueba de ello es la ejecución de los planos del mercado nuevo, los del verjado de la Catedral y muchos más, bajo la dirección de su tío Hilarión: «Mi primo Ignacio Pedrol y yo estábamos hospedados en casa de nuestro tío Hilarión Rubio, y Costa nos enseñaba con su asiduidad en el trabajo que era más aprovechado que nosotros» (memorias de V.C.).

No cabe duda de que su existencia como estudiante en Huesca se viese constantemente rodeada por la necesidad y por la escasez económica, pero hay que dudar seriamente de casos extremos. Engrandece, tal vez, la figura de este magnífico gradense, el pensar en la cantidad de estudios, trabajos y publicaciones que fue capaz de llevar a cabo, amén de sacar con éxito el bachillerato, a pesar de tanta esclavitud. Pero quien estuvo allí viviendo con él, no confirma tanta humillación y dependencia. Tal cúmulo de actividades hubiera sido humanamente imposible hacerlas compatibles.

Costa no fue a Huesca a cuidar el caballo de Rubio, entre otras cosas porque éste no lo tenía. Lo que parece que hay de cierto es que D. Tomás Lalaguna, Inspector de Escuelas de la provincia, tenía un tilburí para sus expediciones a los pueblos de su demarcación; su hijo Antonio tenía la misma edad que Joaquín, y entre ambos surgió una buena amistad. Hilarión Rubio estaba entonces encargado de las obras que se llevaban a cabo en el Monasterio de Montearagón. Para no alquilar otro carruaje se servía del tilburí de D. Tomás para inspeccionar las obras del ruinoso edificio, y unas veces lo conducía Antonio, y otras Joaquín, aunque este último procuraba hacerlo siempre. Solían acompañarles en estas excursiones los tres primos de Costa: Vicente, Ignacio Pedrol y el militar Victorián Baldellou.

En cuanto a sus servicios como albañil, nos dice Castán que no se ganaba la vida como tal, sino que en su afán de saberlo todo, trabajaba a ratos, ya en Montearagón, ya en la construcción de la fonda de La Estrella, próxima a la casa en que vivía D. Hilarión, en la plaza de La Corralaza, en la casa llamada del Montañés. Había de servirle este menester para conseguir la beca que le permitiría asistir a la Exposición Internacional de París.

* * *

1877: Dando un salto cronológico situaré a ambos primos (Joaquín y Vicente) en Huesca también, cuando el uno contaba con 31 años y el otro con 27. No llegaron a coincidir más que al final del problema que estuvo a punto de dar al traste con sus buenas relaciones. El eje común, una mujer: Concepción Casas, que era novia de Vicente y luego lo sería de Joaquín. Baste con decir que Vicente lo perdonó todo en función de lo mucho que le quería, pero lo cierto es que ambos salieron descalabrados de la escaramuza afectiva y probablemente ninguno de los dos llegó a recuperarse del todo.

1894: En este punto estoy obligado a rendir homenaje a uno de los amigos de Costa, que en prueba de agradecimiento recibió duras coces, y uno de esos amigos que es raro encontrar por la paciencia que demostró y por su inquebrantable lealtad. Me refiero a Laureano Ducay. En este momento de la vida de Costa, volvían a estar los de Graus para prestar incondicional ayuda, vamos a titularlo «La notaría en Madrid».

En estos momentos en que Costa debe tomar posesión de la notaría de Madrid, su salud debía estar muy quebrantada, pues Salamero, su tío, le escribió para convencerle de que tomase unos días de descanso en El Espi-

nar (Segovia) en su compañía y en la de su buen amigo de la infancia Laureano Ducay. Aceptó, y allí se juntaron los tres.

Ducay, a quien por motivos que desconozco V. Castán llama *Rufilanchas* en algunos capítulos, era compañero y amigo de Costa desde la infancia. Grausino de nacimiento, militar de profesión y amigo íntimo también de V. Castán, le confió lo ocurrido en aquellos días. Estando, pues, en El Espinar, Costa, a solas con Ducay, le manifestó que no podía hacerse cargo de la notaría de Madrid, dada la penuria económica en que se hallaba. Le avergonzaba esta situación y lo mal que quedaría ante sus amigos de Madrid por no poder instalar un despacho acorde con la importancia de su cargo.

Al preguntar dónde quería vivir, Costa habló de la calle de Atocha, Barquillo, etc. y Ducay se avino a encargarse de todo.

Y así fue. En el número 9 de la calle Barquillo se instaló el despacho del nuevo notario. En esa misma casa había residido antaño con Vicente, durante los estudios de Facultad. Lo más importante era amueblar la sala de recibir y el despacho; lo demás podía esperar. No se hizo con lujo, pero sí con la suficiente decencia para que pudiesen ser recibidos allí sin desdoro Cánovas o Sagasta... «Más humilde era la vivienda de Moreno Nieto (D. José), que se reducía a media docena de sillas de enea y una mesa de pino, y nadie desdeñó de honrarse con que lo recibiera» (m. de VC).

Costa, resuelto el problema material, se volvió a enfrascar en la actividad intelectual olvidando lo demás. Y Laureano Ducay tuvo que hacerse cargo *absolutamente de todo*, incluyendo la indumentaria y la despensa. Le adelantó algunas mensualidades y se ocupó de muchas minucias que sería prolijo enumerar. Le sirvió también como amanuense, y tengo casi la certeza de que le ayudó en la publicación del trabajo «Plan de una introducción al estudio de la Revolución Española», además de haber sido amigo, compañero, y predicador electoral. Costa le dedicó el primer ejemplar de su obra *Colectivismo Agrario* poniendo en su preámbulo esta leyenda: «Al Sr. D. Laureano Ducay, sin cuya abnegada cooperación, no habría podido escribirse este libro. Su amigo del alma, Joaquín Costa».

* * *

Paralelamente pasaremos a fijarnos en el Joaquín Costa político; lo haremos tan sólo en función de su actividad como hombre público en Graus, lugar desde el que comienzan todos sus empeños, no pocas veces frustrados.

Voy a remontarme al verano de 1891, cuando Costa lleva en la siempre inquieta cabeza la fundación de la Liga de Contribuyentes de Ribagorza. Nuevamente recurre a Graus para que le ayuden en un proyecto, y los de Graus responden inmediatamente, a pesar de que entre los llamados no abundan sus correligionarios políticos. En este caso se trata de la Liga de Contribuyentes, preliminar para la formación de la Cámara Agrícola del Alto Aragón que habría de lanzarse desde Barbastro pocos meses más tarde. La bola iría haciéndose progresivamente más grande y culminaría con la formación del malogrado partido Unión Nacional.

La primitiva reunión fundacional se llevó a cabo en el despacho de Vicente Castán, lugar en el que encontré sus memorias. La oferta de Costa consistía en darle forma jurídica como asociación a la Liga para poder ser inscrita y, después de un largo preámbulo en el que ya advirtió que su finalidad era la creación de la Cámara, señaló como objetivo prioritario la Construcción del Canal de Aragón y Cataluña, que había de impedir la progresiva desertización y abandono de las tierras de la Litera.

La estrategia que propuso para encontrar eco a su llamada fue la de ofrecer la iniciativa del proyecto al diputado y al senador del partido, quienes no solamente no aceptaron, sino que presentaron oposición encubierta (Costa ya se imaginaba esto). Esta actitud les sirvió para romper las hostilidades y hacer el ruido suficiente que había de preceder al mitin del día 7 de septiembre en Barbastro. Llama la atención este furor combativo, este idealismo llevado a la práctica, en un Costa que ya estaba semirrecluido en su estudio por no poder apenas subir y bajar las escaleras.

* * *

Resumiendo lo anterior, podemos afirmar que Costa encontró en su pueblo, además de protectores (H. Rubio, Mn. Lucas Martínez, Mn. José Salamero) que le ayudaron con mejor o peor fortuna, amigos que le fueron leales y significaron un fuerte apoyo en su trato íntimo. Entre ellos, a riesgo de hacer una relación incompleta, puedo citar, además de su primo Vicente, a Fermín Mur, a los Riveras, a Pedro Martínez Baselga, a Gambón, a Borrell, a Laureano Ducay, a D. Domingo Lacambra, abogado, y algunos más. Es lástima que estos dos últimos no hayan dejado escritas memorias o se hayan perdido, pues parece ser que, junto con Castán, fueron los que más intimaron con Costa en Graus. Aparte de los mencionados, no hay que olvidar el trato ameno y cariñoso que empleaba habitualmente en sus paseos por el campo con los labradores y la gente moza. Para todos tenía un dicho, una chanza, que ordinariamente era respondida de inmediato, al estilo de por aquí. Los últimos años de aislamiento fueron los que le convirtieron en personaje hosco y de mal humor que tuvo que sufrir pacientemente su familia. La enfermedad, a la que seguidamente me voy a referir, había causado también estragos en su talante de por sí extremado.

Vemos que Costa debía mucho a los de Graus. Aquí no se han referido más que unos ejemplos de amistad desinteresada. Graus debe a Costa el orgullo de haber tenido en su seno uno de los mayores ejemplos de la capacidad del conocimiento humano, de haberle servido de punto de referencia y de apoyo físico y moral para su ingente actividad que, en definitiva, redundó en el beneficio de España (su objetivo prioritario).

Veamos otro binomio inseparable Costa-enfermedad, Costa-distrofia muscular progresiva. En 1879 Gowers definió este grupo de enfermedades musculares interesantes desde el punto de vista médico-clínico por sus particularidades, pero tristes por la impotencia en que se siente el médico para modificar su evolución. Pues bien, en 1988 apenas se han modificado las

cosas: la distrofia muscular progresiva sigue siendo enfermedad de origen desconocido y sin tratamiento. Bástenos saber que se trata de una rara enfermedad hereditaria que transmiten las mujeres y sólo padecen los hombres; a partir de un determinado momento, los músculos comienzan a atrofiarse, a perder su fuerza y función, dejando poco a poco al enfermo en un lamentable estado de discapacidad. La debilidad que acusa el paciente es tal, que, si cae al suelo, no puede levantarse por sí solo. Este hecho que le ocurrió a Costa en varias ocasiones, la sumía en una profunda desesperación, y no podía contener ataques de cólera que solía proyectar sobre la persona más próxima en aquellos momentos.

Por mi parte, puede constituir un objeto de trabajo más detenido en otra ocasión; aquí nos ceñiremos a considerar algún aspecto de los últimos años de Costa en Graus; con 59 años, en 1906 no puede subir y bajar apenas las escaleras. En una carta al Dr. Laureano Rosso (médico malagueño empeñado en hacerlo su paciente para incrementar su popularidad) resume su enfermedad, como una *fatiga dolorosa*; cualquier esfuerzo, por mínimo que éste sea, le cuesta un cruel padecimiento. Ya para entonces el cuadro estaba complicado con una diabetes *mellitus* y una nefropatía también diabética. En los escasos paseos que daba hasta la Glorieta le acompañaba un muchacho con una mecedora en la que tenía que sentarse de trecho en trecho, y al final, sólo podría salir en silla de ruedas.

Definitivamente encamado y perdidas las esperanzas de curación o de simple mejoría, era atendido asiduamente por el Dr. D. Joaquín Gómez al que antes me he referido. Esporádicamente venía el Dr. Royo-Villanova, y más tarde los Drs. Martínez Vargas y Zaldívar, quienes en el laboratorio de la farmacia estudiaron con más precisión las cantidades de albúmina y glucosa emitidas en la orina, y quienes ajustaron en lo posible la dieta (casi exclusivamente láctea). Era ya muy poco lo que se podía hacer.

Quiero recordar, para terminar, las palabras finales de su carta-resumen de la situación al anteriormente mencionado Laureano Rosso:

«Me ha tocado esta ficha en la lotería de la muerte y harto hago con doblar resignadamente la frente y quitarme de enmedio, viniendo a caer donde no aflija ni estorbe, después de haber luchado como bueno más de lo que podía. ¡Los millones que veremos en cada sol, en cada sistema planetario! ¡A morir sólo, enjutos los ojos, sereno el ánimo!».